
Colaboración, cultura y desarrollo: entre el individualismo y la solidaridad organizada

Marcelo Arnold-Cathalifaud*

Daniela Thumala**

Anahí Urquiza***

Palabras clave

Complejidad social, modernización,
colaboración, sociedad civil, subpolítica

* Antropólogo Social Universidad de Chile; doctor en Sociología Universidad de Bielefeld, Alemania. Decano Facultad de Ciencias Sociales. marnold@uchile.cl

** Psicóloga Universidad de Chile, magíster en Antropología y Desarrollo Universidad de Chile. Directora Fundación Soles. dthumala@soles.cl

*** Antropóloga y magíster en Antropología y Desarrollo Universidad de Chile. anahieurquiza@gmail.com

Resumen. Desde el programa sociopoiético de observación (Arnold 2004) que se sustenta en la teoría luhmanniana de los sistemas sociales (Luhmann 1991, 1993, 1998) se reflexiona sobre las paradojas que acompañan nuestras formas de modernización. Abordamos una faceta de la complejidad contemporánea ejemplificada a través de la observación de las comunicaciones que promueven prácticas solidarias en una sociedad que se describe como individualista y en la cual prima el desinterés por los proyectos colectivos. Las indagaciones estuvieron guiadas por aproximaciones cualitativas de *segundo orden*, cuyo foco de atención fue identificar las distinciones empleadas para caracterizar prácticas que favorecen la inclusión y equidad social, a la vez que conlleven para los involucrados satisfacciones más allá del beneficio económico. Nuestras conclusiones destacan que los proyectos modernizadores, aunque se fundan en promover los intereses propios y el éxito a base de los méritos personales, no renuncian a los vínculos asociativos y comunitarios, sino tan sólo los demandan bajo nuevas formas y con otros requerimientos.

- Estudio patrocinado por la Dirección de Investigación de la Universidad de Chile (Proyecto DI SOC 04/14-2) que sirve de fundamento al Observatorio de la Colaboración Social implementado por el Programa de Magíster en Antropología y Desarrollo en alianza con la organización de la sociedad civil, Fundación Soles.

La colaboración social en crisis

Especialistas e intelectuales de renombre aseguran que las actitudes y vinculaciones comunitarias son residuales, están en franca declinación o sencillamente son contestatarias a las actuales tendencias modernizadoras. Sus teorías visualizan que mientras más avanzan las sociedades en su modernización, más se cuestionan sus fundamentos, dejando en evidencia una desconexión entre la eficacia de las operaciones sociales instrumentales y la valoración cultural de las mismas.

Específicamente, las consecuencias inesperadas del desarrollo científico, tecnológico y económico abrirían camino a sociedades que tienen por núcleo el riesgo y la incertidumbre (Beck 1998). Para Habermas (1998) la sociedad global, como parte del modelo de crecimiento capitalista, está sometida a constantes crisis. Touraine (1992) destaca la pérdida de confianza en el progreso, en tanto ya no se cree que conduzca a la democratización y a la felicidad. El sociólogo británico Giddens (1993) afirma que ante el desmembramiento de las instituciones tradicionales el mundo se percibe como espantoso y peligroso. En este contexto, el crecimiento económico se asocia al aumento de malestares culturales y psíquicos que aquejan a los miembros de las sociedades modernas. Para quienes se arriman a las tesis de Foucault, estaríamos ante una sociedad efectivamente vigilada (Lyon 1995), en la cual las tecnologías comunicativas constituirían formaciones sociales inéditas (Castells 1997), cuya *cultura de la virtualidad* hace operar a sus miembros en una *hiperrealidad* (Baudrillard 1991) donde las apariencias son las experiencias.

Estos discursos destacan las crisis que emergen cuando las seguridades acostumbradas, o esperadas, pierden fuerza sin que nada logre reemplazarlas y cuando el mañana se anticipa como catástrofes por venir. Como señala Luhmann (1997), estas descripciones de la modernidad tardía contienen discursos sin futuro que multiplican en los medios de comunicación de masas una imagen de incontrolabilidad.

Entre los impactos negativos que más se destacan en las imágenes de la modernidad se encuentra el declinar de los lazos asociativos. El debilitamiento de las instituciones tradicionales que acompaña la globalización del programa económico *neoliberal*, desprendería una aguda indiferencia social que estimula participaciones segmentadas, fomentando el desinterés por las responsabilidades colectivas y dejando sin sustento los recursos morales que sostienen la cooperación. Los escenarios familiares y laborales insegurizados y precarios, erosionan la identidad social, el colectivo deja de ser un refugio y las actitudes egoístas se legitiman. Estos procesos impulsarían y radicalizarían una individualización en la que las personas se obligan a forjar sus destinos por acciones cuyos resultados sólo pueden remitir a sí mismos, al punto de que las crisis estructurales son vivenciadas como individuales.

La misma noción de individualidad es desplazada por la de individualismo que, como ha sido destacado por Dockendorff (1993), refleja el colapso de los sentidos de pertenencia que deja a los individuos atrapados en lazos sociales fugaces. En este contexto, la desintegración de las certezas colectivas gatilla la compulsión a buscarlas ensimismadamente, produciendo las ya conocidas patologías psíquicas contemporáneas. Estas tendencias gatillarían efectos negativos de todo orden e incluso la autorrealización personal sería experimentada problemáticamente, en tanto obedecería a una racionalidad que puede perjudicar a los otros para su culminación o, siendo inalcanzable, termina en frustración o *anomia*. Esta falta de confianzas colectivas afectaría las posibilidades para activar acciones cooperativas.

Pudiera pensarse que Latinoamérica no responde a estas caracterizaciones, sin embargo, los intelectuales locales, haciendo coro con las descripciones globales, denuncian con fuerza las consecuencias de la modernización y, al cuestionar la persistencia de nuestras formas comunitarias, anticipan problemas más agudos. La idea generalizada es que la globalización afecta duramente a los países en desarrollo. Nuestras deficiencias institucionales, unidas al desmantelamiento de las formas estatales tradicionales, agudizarían no sólo la magnitud de sus inequidades sociales sino que las amplificarían, en tanto que sus exclusiones parciales se potencian mutuamente. Mientras tanto, las expectativas de mayores bienestar crecen sin freno, alimentando los programas políticos populistas. Ni la hibridación cultural (García Canclini 1990) ni el *ethos* latinoamericano (Morandé 1987) nos estarían protegiendo de la avasalladora racionalidad instrumental moderna; más aún, esta desprotección agudizaría vacíos que tienen, entre otras expresiones, las reiteradas violaciones de los derechos de sus ciudadanos (Hopenhayn 1987) y un excesivo nivel de desconfianza interpersonal (PNUD 2000).

Para el sociólogo Fernando Robles (2000), más que un proceso de individualización, en América Latina se estaría experimentando una individuación no regulada, cuya consecuencia es un generalizado estado de ánimo basado en el miedo, la ansiedad y la incertidumbre. Así, a diferencia de los países desarrollados en que el proceso se viviría como un 'haz de tu vida lo que quieras', en nuestros países correspondería a un 'arréglatelas como puedas' (Robles 2000). Se añade que a consecuencia de estos cambios se cuestionarían los idearios colectivos, conformándose el escenario para que se experimente la existencia en forma aislada, aunque las aglomeraciones urbanas se extiendan indefinidamente, la vida cotidiana se privatiza, los espacios públicos se abandonan y, en compensación, los centros comerciales se vuelven los anónimos espacios para el encuentro social. Ante esta erosión del sentido de pertenencia, señala Brünner (1998), las personas confiarían sólo en círculos muy reducidos de parientes y conocidos. De hecho, según el informe Latinobarómetro (2005), la región posee un nivel de confianza

interpersonal extremadamente bajo. En promedio, el 80% de los habitantes no confía en un tercero desconocido.

Para los observadores de la realidad chilena, el país empieza a identificarse con una modernidad avanzada del tipo liberal ‘estadounidense’, con un orden orientado a proteger la propiedad, que exacerba los derechos individuales —y no así los deberes para con la comunidad—, y en que los logros personales se exponen en bienes materiales. Los ‘nuevos’ chilenos, interpreta el comunicólogo Pablo Halpern (2002), habrían internalizado que su éxito o fracaso depende de lo que cada uno haga sin ayuda de agentes externos. En una estructura de movilidad social basada en el esfuerzo y mérito individuales, el consumismo, que se acopla con la generalización del crédito, pasaría a colocarse en el centro de la cotidianidad y sería un factor decisivo en la construcción identitaria. Simultáneamente, prevalecería un ‘malestar ético’ que al cuestionar las normas vigentes expande el relativismo y desdibuja la influencia de las instituciones tradicionales, lo que provocaría una profunda crisis de los sentidos compartidos (PNUD 1995).

Desvinculados y volcados hacia el par *éxito es igual a dinero* (Moulian 1997), los chilenos buscarían su seguridad desconectándose de los demás (PNUD 1998). En este contexto, la convivencia se caracteriza por ser cada vez más egoísta, individualista, agresiva y moralmente menos sana (Larraín 2001); en suma: asocial (PNUD 2002). Sofisticados sistemas de segregación desgranarían el *ethos* comunitario abatiendo los niveles requeridos de confianza social entre los ciudadanos (Martínez 2001). Paralelamente, la inseguridad pasa a ser el tema central de la agenda pública, simbolizándose en la delincuencia la ausencia de lazos y normas morales, y cuya exposición mediática potenciaría la imagen de los otros como probables agresores, lo que refuerza la retracción de la sociabilidad al espacio privado. Para Güell (2002), el repliegue del Estado sumado a una debilitada sociedad civil dejaría a los individuos anclados, en el mejor de los casos, en sus familias nucleares. Frente a esas inseguridades, se instituiría un *imaginario de mercado* ajeno a las motivaciones colectivas (PNUD 2002), debilitado de vínculos como la afectividad y la amistad (Moulian 1997), pero pleno de asalariados y consumidores disciplinados. Completando el cuadro, los ciudadanos no buscarían incidir sobre sus contextos, al percibir que la construcción del nuevo orden que les toca vivir estaría alejada de sus posibilidades de participación. La economía y la política se experimentan como realidades ajenas e impenetrables. Este retraimiento se compensaría, en parte, con la exposición televisiva, lo que configura un tipo de conectividad social basado en espectadores pasivos y aislados. Mirar televisión es, después de dormir, la principal actividad diaria de los chilenos, con 3,1 horas en promedio (Cima Group 2004). El último censo nacional dio cuenta de que el 92% de los hogares del país posee al menos un televisor y según datos del CNTV

(2005), desde 1993 a la fecha el promedio de televisores por hogar subió de 1,9 a 2,3, siendo las alzas más significativas en los estratos más bajos, cuya media es de dos aparatos. En síntesis: una calidad de vida material significativamente mayor que en épocas anteriores se asocia con una drástica disminución cuantitativa y cualitativa de la sociabilidad.

Se puede concluir que, tanto a nivel global como regional y local, la intelectualidad contemporánea coincide en evaluar negativamente las formas sociales dominantes, denunciando cómo el individualismo y la indiferencia debilitan los intereses colectivos. Se destaca cómo las relaciones sociales se ‘deshumanizan’, proyectándose exclusiones no solamente de los sistemas funcionales de la sociedad, sino también de las redes interaccionales de contactos con las cuales se puede enfrentar la sobrevivencia.

Frente al desmantelamiento de los factores que sostienen las formas colaborativas, como son la confianza, la empatía y las utopías, se prefigura una sociedad decadente, que pierde referentes que apuntalen las actitudes comunitarias, donde sus miembros se coordinan por indiferencia y se vuelcan cada vez más a la búsqueda de un bienestar material. No se contaría con los escenarios propicios para vinculaciones sociales que presuponen formas de reciprocidad basadas en la confianza y el desinterés. El incremento de la contingencia se explica aludiendo a las actitudes que refuerzan modelos de modernización que minimizan las construcciones colectivas y fomentan los lazos oportunistas. En consecuencia, no sólo la asociatividad a nivel planetario estaría en un franco declive, sino también la misma viabilidad de las sociedades humanas estaría en cuestión ante tendencias autodestructivas que carecerían de freno.

Pero, ¿qué tanto reflejan estas descripciones la condición social contemporánea? y si lo hacen ¿de dónde sacan fuerza y legitimidad los discursos que insisten en la necesidad de fomentar la colaboración y la solidaridad? Entender cómo una sociedad autodescrita como individualista reclama lazos comunitarios requiere, por cierto, determinar con mayor precisión el campo de lo que se indica por relaciones sociales orientadas comunitariamente.

La expansión de nuevas formas solidarias

Los resultados de nuestras investigaciones (Urquiza 2005, 2006) y la información obtenida de las fuentes secundarias (Torrejón 2005) conducen a preguntarse si acaso la improbabilidad de las vinculaciones asociativas que destacan nuestros intelectuales se refiere a las posibilidades de ocurrencia de este tipo de vínculos o más bien tiene relación con limitaciones para su observación. Esta interrogante surge ante el

encuentro de las numerosas nociones asociadas y entrelazadas que destaca la literatura experta de instituciones académicas, estatales y organizaciones de la sociedad civil, como vinculaciones sociales contrapuestas a las tendencias individualistas. A partir de estas pudimos visualizar la magnitud y heterogeneidad de las expresiones asociativas, así como reconocer sus tendencias y rasgos comunes.

En una primera línea se encuentran las *acciones colectivas*. Estas se marcan por la presencia de iniciativas motivadas por intereses compartidos, pero en las que sus partícipes no necesariamente se involucran mutuamente. Distinciones como la *caridad* y las *donaciones* también representan relaciones sociales asociativas, pero asimétricas. En términos específicos, la primera se vincula con las nociones de asistencialismo; no supone la búsqueda de justicia ni de igualdad, como tampoco el empoderamiento de quien se beneficia con ella. Aunque se la concibe como un acto que perfeccionaría la justicia social, asignándole un carácter religioso y valórico, se la asocia más con la propia satisfacción de quien la ejerce. Así, las acciones caritativas se acoplan con acciones individuales orientadas al beneficio propio, es decir, son autoefectivas y, por ello, aisladas y esporádicas. Las donaciones se vinculan a aportes económicos para propósitos de bien común. Se presumen necesarias pero no implican compromisos más allá de lo material y no requieren de un involucramiento personal del donante con el receptor de su donación. Si bien se las reconoce como un gesto de entrega solidario, en cierto grado son desvaloradas, aunque los medios de comunicación y las campañas masivas las estarían fomentando, en cuanto se acomodan a las posibilidades del ciudadano común que dispone de poco tiempo y medios para ejercer una ayuda más comprometida y sistemática, pudiendo descargar su voluntad en organizaciones especializadas. También la *filantropía* y la *responsabilidad social* se relacionan con actitudes solidarias. La primera se define como un concepto laico y que por ello humaniza a quien la ejerce pero, a la vez, es evaluado como una acción lejana y ajena ya que no implica mayor compromiso, al menos espiritual, de parte de quien la ejerce. Actualmente la filantropía se percibe como marca de prestigio social y de servicios exclusivos de fundaciones que llevan el nombre de sus donantes o de sus familias. La responsabilidad social se percibe como un concepto emergente. Su actual moda se explica por un contexto en el cual se incorporan a la beneficencia social los dueños del capital y sus empleados, que la asumen como una forma de rendir cuentas a su entorno y de obtener beneficios con ello. En este sentido, es un concepto que rápidamente se asocia con la manera en que las empresas asumen las necesidades de sus contextos sociales. Además, al no ser visto como una actividad del día a día, probablemente se lo desliga como concepto aplicable al ámbito personal, individual. Así, tenemos un primer grupo de vinculaciones asociativas que tienen una amplia vigencia.

A diferencia de las distinciones anteriores, la *solidaridad* se integra con premisas comunes en torno a la justicia social, en conexión con nociones cristianas que valoran el sufrimiento y el deber moral y con ideologías que apuntan a los conflictos de clases. Se trata de una noción densa en contenido. En consecuencia, sus indicaciones traslapan códigos religiosos y políticos en torno a la ‘cuestión social’, y sus fines, aunque difusos, se evalúan en relación a su efectividad. Específicamente, la solidaridad, aunque —como señalan Román y colaboradores (en esta misma publicación)— carece de un significado unívoco y tiene una variedad de acepciones y sentidos, involucra empatizar, en el sentido de reconocer y asumir las necesidades del otro, no sólo como un gesto puntual, sino como una actitud de vida. De este modo, se asocia con la búsqueda de justicia y cambio social, y sus expresiones tienen relación con ayudar y compartir en un marco de igualdad orientado a la búsqueda de oportunidades para todos. Tan relevantes aparecen estas últimas ideas, que sus acciones, aunque no menos solidarias, son valoradas negativamente cuando se tornan paternalistas y no generadoras de equidad. Al respecto, es interesante la propuesta que desarrolla Mascareño (también en esta misma publicación) sobre la emergencia de un sistema de cooperación en proceso de diferenciación, que transforma la exclusión social en un problema que deja de ser responsabilidad directa del Estado, transfiriéndose a cada sistema funcional.

Por su parte, el *voluntariado* representaría una valorada forma de ejercer la solidaridad, pues se caracteriza por un compromiso estable, responsable y ejercido en un marco institucional por quien se involucra con el dolor y las necesidades de otros. Nuestros entrevistados lo significan como una nueva forma de acción política, como “un espacio revolucionario en el mercado”. Si bien el voluntariado se asocia con la gratuidad, al observar las motivaciones que tienen los voluntarios para realizar su trabajo estas varían desde una necesidad “de darse”, “de renuncia”, hasta la búsqueda de pertenencia a un grupo, de superación de sentimientos de soledad o malestar, como “sentirse súper mal” y querer superarlo “ayudando a otros”. También se observa una aproximación a la actividad voluntaria que comprende desde una búsqueda consciente de alternativas para realizar acciones solidarias hasta la participación generada por la casualidad. Por último, se observan motivaciones cargadas de idealismo, como “cambiar el mundo”, así como aquellas que se orientan a establecer una relación de reciprocidad: “recibir de los otros y ayudarlos”. Aun cuando en todos los discursos sobre las razones para ejercer el voluntariado aparece como elemento común el *interés por el otro*, habría tantas motivaciones como personas para ejercer el voluntariado (Meersohn 2006).

Ante la diversidad de motivaciones personales asociadas al trabajo voluntario, puede anticiparse que en una sociedad como la chilena, donde el Estado y las Iglesias pierden protagonismo, las distinciones que hasta hoy tenían a estas instituciones

como principales referentes para las nociones de solidaridad y voluntariado, se desdibujan dando lugar a nuevos sentidos. Es interesante destacar que, en nuestras investigaciones, cuando se aplicó una prueba de Diferencial Semántico a estudiantes universitarios sobre el significado laico o religioso que los jóvenes otorgaban a las nociones de solidaridad y voluntariado, estos atributos no resultaron ser relevantes para su significación (Urquiza 2006).

Es en esta dirección, es decir ante el desgaste de las distinciones tradicionales con que se definían las actividades asociativas, que postulamos que la noción de colaboración representa mejor las expresiones que parecen contradecir las tendencias individualistas. Pero, ¿cuáles son las características y manifestaciones que se le asocian? En primer lugar, destaca que los vínculos colaborativos se han ido acoplando a la modernidad, mostrando así su carácter versátil y su diversificación, que sería una de sus características definitorias.

La colaboración, más que las otras distinciones identificadas, se caracteriza como una acción determinada pragmáticamente desde los propios agentes, en sus distintos momentos y contextos, asumiendo su individualidad y contingencia. Tal contenido permitiría situar la colaboración como el concepto que, hoy en día, representa y describe mejor la diversidad de vinculaciones asociativas de nuestra sociedad: “a mí me gusta eso de vivir el compromiso social con la libertad individual”. A diferencia de las distinciones relacionadas a ideologías clasistas o religiosas en conflicto con los procesos de individualización, la colaboración facilita un nuevo formato de actitudes comunitarias que se asumen sin desvirtuarse como relaciones de beneficio mutuo, transitorias, circunstanciales e integradas al cumplimiento de metas personales, y no necesariamente orientadas por objetivos universalistas como lo exige la búsqueda absolutista de lo bueno, el bien, la justicia, la igualdad o el amor. En suma, la colaboración cubre eventos contingentes propios de la modernidad.

Nuestras observaciones se conectan con las interpretaciones del filósofo Gilles Lipovetsky (1994) cuando señala que incluso el voluntariado moderno no está ajeno a los procesos de fragmentación individualista de la sociedad, en tanto sus adherentes tienen objetivos circunscritos y los guía una ética secular de responsabilidad. Al respecto, la literatura especializada ofrece datos que muestran cómo en todos los países aumenta la cantidad de individuos que colaboran en actividades de voluntariado. Una encuesta desarrollada en Chile (Segegob 2004) revela que cuatro de cada diez entrevistados (un 42%) declara haber participado alguna vez en la vida “realizando alguna tarea voluntaria” y que por cada 100 personas 19 han desarrollado algún tipo de actividad voluntaria durante el último año. Un estudio más reciente, de carácter comparativo patrocinado por la Universidad Johns Hopkins (Irrázaval et al. 2006), constata que el voluntariado en Chile, como porcentaje de empleo, es mayor que en la mayoría de los países en desarrollo, “la presencia

de voluntariado como porcentaje de la población económicamente activa (que en Chile corresponde al 2,3%) es más de tres veces superior al promedio de los países en transición (que alcanza un 0,8%) y está levemente por debajo de los países desarrollados (2,6%)” (Irrázaval et al. 2006:29). De hecho, el voluntariado nace de la matriz moderna, sustentado en individuos soberanos y autónomos que ejercen su libertad. Así también los factores que lo potencian se encuentran justamente en el desarrollo económico, la reducción del Estado y la crisis de la participación política. En suma: obedecen a los mismos procesos que contrarrestan.

Las paradojas de la modernidad: el ‘punto ciego’ de la observación de la colaboración

Las vinculaciones sociales colaborativas se han diversificado y ampliado, acompañando las tendencias modernizadoras que aparentemente contradicen. En este sentido, nuestras observaciones permiten suponer que los diagnósticos sobre la improbabilidad de las vinculaciones asociativas están mediados por racionalidades científicas muy estrechas, junto a una visión colectivista que se inspira en las nociones integristas de la sociedad que tienen por núcleo conceptual la noción de *anomia*, desde la cual la cohesión y el orden valórico es el fundamento de la viabilidad social e, incluso, de la sanidad mental.

Las expresiones de la colaboración distan mucho de ser unívocas; por el contrario, comprenden una amplia variedad de manifestaciones. Su mirada actualizada, así, debe incorporar tanto las motivaciones que se aprecian como altruistas y que dan lugar a un compromiso con *los otros*, como aquellas que se dan en el marco del individualismo y la competencia. Asumir esta diversificación permite ampliar la mirada e incluir muchas prácticas colaborativas que, desde una perspectiva normativa y tradicional, no se habrían identificado como tales. Por ejemplo, relacionar las rebajas de impuestos con la filantropía, el prestigio de las empresas con su responsabilidad social, la imagen de marca con las donaciones benéficas, la fidelización de audiencias con las campañas solidarias y las necesidades de autorrealización con el trabajo voluntariado.

Específicamente, las vinculaciones colaborativas resultan ser formas asociativas acoplables a la complejidad de la modernidad, pero al alejarse del sentido político tradicional o *sacrificial* de la solidaridad y acercarse al estilo más igualitario de la reciprocidad y al pragmatismo, quedan inobservables para quienes no se han acompasado a estos cambios. Los voluntarios, por ejemplo, sienten que su labor colaborativa es una instancia de crecimiento y formación, y que las competencias aprendidas son aplicables a otros aspectos de su vida. Existen muchas evidencias

que indican refuerzos latentes que sostienen sus comportamientos solidarios, como la obtención de beneficios para la salud física y psicológica, por el hecho de saber que se está haciendo feliz a otro. No debería extrañar, en consecuencia, que la modernización —con todos sus efectos desintegradores— no elimine estas formas de vinculación, sino más bien las diversifique, en tanto conforma desde su plataforma nuevos escenarios para la conectividad social como, por ejemplo, la función de Internet como instancia articuladora de redes de colaboración —voluntariado *on-line*—, como puede verse con más detalle en el artículo de Ana María Raad (en esta misma publicación).

La dificultad para observar las vinculaciones colaborativas estaría relacionada con posturas normativas que sostienen cómo deberían configurarse estas acciones en la sociedad. Estos sesgos pueden advertirse en algunas *organizaciones no gubernamentales* (para el caso, organizaciones de la sociedad civil). Como señala Grüninger (2004), muchas de ellas nacieron durante la dictadura militar en Chile y progresivamente se configuraron como espacios contestatarios a la imposición del *modelo neoliberal*. Es esperable que estas organizaciones no distingan como vinculaciones sociales colaborativas a aquellas descritas en los términos anteriormente señalados, es decir, como *relaciones de beneficio mutuo*. La principal limitación para su observación radica en la aparente incompatibilidad del proceso de individualización, efecto característico del actual modelo económico, con un genuino interés social. Esta dificultad no sólo puede presentarse en las ONG, también la identificamos en organizaciones con otro tipo de ideologías o creencias a partir de las cuales definen qué es y qué no es una relación colaborativa o solidaria (por ejemplo, las de carácter religioso).

Si se asume una postura no normativa para observar las vinculaciones colaborativas se concluye que estarían presentes en tanto exista sociedad. Incluso la soledad y la apatía social las gatillan. No debería extrañar, en consecuencia, que la modernización no las elimine. El problema es identificar y explicar sus expresiones en un contexto de individualismo y competencia. Para ello se requiere dismantelar la antinomia entre el individualismo y la colaboración, pues si aceptásemos las descripciones generalizadas sobre la sociedad actual y mantuviéramos una visión estrecha de lo que significan los lazos asociativos, sólo quedaría por afirmar que la presencia de relaciones sociales orientadas comunitariamente no sólo es escasa, sino que además incentivarlas supondría el deseo colectivo de colocar la modernización en reversa. De acuerdo a nuestra comprensión, ello no podría ser, pues justamente nuestro estado de diferenciación hace que los sistemas parciales que componen la sociedad moderna se coordinen, al menos, por indiferencias recíprocas (Willke 1995).

En relación a lo señalado, el sociólogo Eugenio Tironi (2005) identifica en Chile el surgimiento de señales que revelan la necesidad de una sociedad más humana

y acogedora, que invite al éxito pero que proteja ante el fracaso y el aislamiento. Por eso, las expresiones de relaciones colaborativas se incrementan incluso en países definidos como el punto de partida del individualismo y el aislamiento social. Baste observar la importancia que tiene el voluntariado en Estados Unidos, donde aproximadamente el 30% de su población ha participado en este tipo de actividades (Segegob 2004).

Esta mirada a la colaboración en el contexto moderno puede sostenerse, en parte, con aportes de teorías que facilitan la comprensión de estos procesos aparentemente contradictorios y paradójicos de la modernidad. En el ámbito de la biología, por ejemplo, como señalan Garretón y Salinas (en esta misma publicación), si se considera que la evolución selecciona a la especie, la cooperación se requiere para su conservación o, en caso de que seleccione a un individuo o un gen, la cooperación sería una consecuencia secundaria de los actos 'egoístas' de estos para perpetuarse. Estas ideas se complementan con las observaciones antropológicas de Mauss (1971), para quien la reciprocidad y el intercambio generalizado son los pilares de las sociedades humanas y, de este modo, son más obligatorias e interesadas que libres y gratuitas. Estos supuestos se han proyectado en la noción de redes sociales (Kliksberg 2000), aplicada para identificar los recursos disponibles que fortalecen los capitales sociales (Putman 1994) que facilitan la obtención de ventajas mutuas sobre la base de vinculaciones ajenas al utilitarismo económico (Martins 2004), y que se reflejan en el acceso a redes interaccionales de favores e influencias. A estas aproximaciones se suman otras que también explicarían la coexistencia de tendencias individualistas con acciones colaborativas. Por ejemplo, la teoría de la elección racional (Marí-Klose 2000), que supone que los individuos toman decisiones —cooperativas o competitivas—, con el propósito de maximizar bienes, servicios, satisfacciones emocionales y sociales o la pura realización personal. Al respecto, es interesante destacar la Teoría de los Juegos que se aplica para modelar las alternativas para la resolución de los conflictos entre la colaboración y la competencia. Su ejemplo paradigmático, el 'dilema del prisionero', demuestra que la no-cooperación es la peor estrategia posible para el colectivo y, al mismo tiempo, el cooperar unilateralmente es la peor estrategia individual. Incluso para la teoría bioautopoiética (Maturana y Varela 1984), si bien la organización de los sistemas responde al operar cerrado de la producción de sus componentes, ello no implicaría la ausencia de interacciones con su medio, pues no pueden autoabastecerse de todos sus presupuestos. Se deriva entonces que hasta los sistemas cerrados deben incluir la mantención de sus entornos en la dinámica de su propia sustentabilidad y por lo tanto serían, como destacan sus autores, *altruístamente egoístas y egoístamente altruistas*.

Si aceptamos hipótesis fundamentadas en la antropología, la sociología y la biología, relativas a que los sistemas no podrían excluir las vinculaciones asociativas,

en tanto son su medio de reproducción, debemos precisar que mientras las sociedades evolucionan y van modificando sus estructuras, también transforman sus formas de vinculación al interior de estas. Así, el *enfriamiento* (Baumann 1991) e impersonalidad de las relaciones humanas contemporáneas no contradice la alta tasa de asociatividad voluntaria que acontece en distintos países, sino que refiere a sus transformaciones. Lo que sucede es que las nuevas expresiones asociativas se distancian de las concepciones tradicionales que las consideran como actividades ajenas a la búsqueda de recompensas y beneficios, y la mayor parte de las miradas intelectualizadas que tratan la condición social contemporánea no han abordado satisfactoriamente estas nuevas conformaciones.

Tomando en consideración lo expuesto, podemos volver nuestra atención a los descriptores de la sociedad contemporánea e intentar explicar sus 'puntos ciegos'. Específicamente, cuando las explicaciones no integran comprensivamente la complejidad de los fenómenos sociales, no se logra apreciar cómo la conformación de la sociedad se acompaña con el incremento de operaciones en apariencia contradictorias que, aunque puedan parecer cognitivamente inescrutables o irracionales, son ampliamente admisibles en su reproducción. Sólo desde perspectivas que no reconocen la complejidad de la sociedad contemporánea puede experimentarse la radical declinación de las vinculaciones sociales, en especial si sólo tienen por referencia las solidaridades *mecánicas* predominantes en las sociedades diferenciadas a base de principios segmentarios, es decir, por unidades de parentesco o domésticas y de las sociedades estratificadas que promueven las solidaridades corporativas o de clase. Pero estas formas han cedido ante el creciente predominio de nuevos tipos de diferenciación, cuyos presupuestos valoran los rendimientos individuales, son altamente exigentes y no son del todo compatibles con la imagen clásica de una solidaridad donde el empeño, la responsabilidad individual y el afán de superación ocupan un lugar secundario, y donde se rompe el vínculo entre la retribución y el esfuerzo.

Nuestras indagaciones constatan que la expansión de vinculaciones sociales se fundamenta en problemas de interés común que, a la vez, tienen una marcada orientación individualista, incluyen una reciprocidad pragmática y se orientan a resultados. Es decir, las nuevas formas solidarias incluyen anhelos y aspiraciones personales cuyas tensiones se asumen como legítimas. Se trata de acciones plenas de satisfactores y rendidoras para un aprendizaje social, para nutrir un currículo e ingresar al mundo laboral, o como un medio para otorgarse un sentido de vida, de pertenencia o sencillamente mayor aprobación social. En ese cuadro, sentirse parte del cumplimiento de las metas es un importante refuerzo: incluye la satisfacción de poder ayudar y los mismos lazos amistosos que se forman en las organizaciones favorecen la continuidad de la colaboración. No extraña, entonces, una dimensión

de búsqueda hasta que el voluntario encuentra su sentido cuando los logros organizacionales se sienten como propios.

Si la colaboración se entiende como una relación de beneficio mutuo, constituiría la forma de las vinculaciones sociales asociativas que cumple mejor con los parámetros que se imponen en la modernización. A pesar de que no producen mayor impacto emocional ni añaden prestigio social, dada su falta de sentido trascendente y utópico, la colaboración afirma su carácter explicativo de los vínculos sociales que nos interesan, pues da cuenta de los beneficios que obtienen los individuos al vincularse socialmente y libera las expresiones solidarias de sus contradicciones y exigencias. En este sentido, la noción de colaboración adquiere una capacidad (auto) explicativa, es decir, representativa, de la expansión de las vinculaciones asociativas en el marco de la modernidad contemporánea.

A modo de síntesis podemos incorporar a nuestro análisis la visión de una sociedad crecientemente diferenciada, donde las participaciones políticas son, en parte importante, extrapartidistas, y hay una conciencia de tiempos escasos y discontinuados que limitan los compromisos profundos y duraderos más allá de los espacios afectivos. En suma, en el escenario moderno se estaría pasando de una vocación de entrega abnegada a los demás a la decisión de contribuir con los otros de acuerdo a las propias posibilidades, es decir, del voluntarismo a la institucionalización de fines, de las exigencias difusas a la eficiencia y eficacia, donde las necesidades individuales se constituyen en incentivos selectivos que promueven la solidaridad social. De este modo, se están generando formas inéditas de sociabilidad, como colaborar con el que colabora en una suerte de solidaridad indirecta, así como también la resignificación de acciones cotidianas, como ser ciudadanos responsables, las que, en los nuevos tiempos, se capitalizan como solidarias. Asumiendo la creciente instrumentalización de los vínculos asociativos en contrapartida, quienes colaboran esperan que las organizaciones, comunidades, familias y personas a las cuales donan su dinero o su tiempo y dedicación, estén bien administradas, sean participativas y que sus fines y metas sean entendibles. Esto también significa que las mismas organizaciones de voluntariado ya no pueden ignorar los cambios que las impulsan en la modernidad.

Organizaciones para el fomento de la colaboración

Las vinculaciones sociales colaborativas pueden considerarse como actividades *subpolíticas* (Beck 1998), en tanto a través de ellas se coordinan acciones con el objetivo de promover cambios sociales, mientras se aprecian señales de que la política tradicional ha dejado de ocupar un lugar central o, al menos, ya no es la única

manera en que se producen operaciones políticas. Ahora bien, la idea de *transformación o cambio social* no es de naturaleza unívoca ni tendría por qué serlo, dado el carácter diverso de la sociedad contemporánea; no obstante, es posible sostener que sus múltiples acepciones coinciden en hacer alusión a una búsqueda de una sociedad más justa, más solidaria y más democrática. Estos intereses no son ajenos ni desconocidos en la actividad cotidiana de la población, en la que mecanismos de transformación y de reparación social se aprecian día a día en las diversas expresiones de la asociatividad comunitaria. Es en este punto en el cual convergen las prácticas colaborativas con las organizaciones de la sociedad civil y gran parte de las aspiraciones ciudadanas.

No obstante lo anterior, es posible identificar a muchas organizaciones de la sociedad civil cuya forma de observar los problemas sociales y diseñar sus estrategias de intervención revisten un carácter normativo. Si bien ello puede proveerles de la comodidad que otorga *operar en la certeza*, sus posturas resultan limitantes para el diagnóstico e intervención en un contexto social de alta complejidad. Frente a ello, la perspectiva sociopoética propone una mirada rigurosa de los fenómenos sociales complejos pues, dado su *programa*, sus conocimientos deben ser permanentemente cuestionados y puestos a prueba con nuevas evidencias. De este modo, ha sido posible elaborar comprensiblemente la paradoja *colaboración-individualización* e identificar las variedades de vinculaciones sociales en el contexto contemporáneo, lo que facilita su promoción en la sociedad. Cabe preguntarse, entonces, ¿cómo las organizaciones de la sociedad civil podrían potenciar el impacto de sus intervenciones aprovechando el conocimiento disponible? En lo que sigue reflexionaremos al respecto a partir de la práctica concreta de una organización chilena de la sociedad civil.

La Fundación Soles es una institución sin fines de lucro cuya misión es “promover en las personas la construcción de un sentido de vida que genere una sociedad más justa y solidaria”. Una de sus principales características es ser una organización que realiza investigaciones para fundamentar el diseño de sus proyectos para la intervención social. Desde una mirada teórica, se aprecia cómo toma sus decisiones orientada a mantener una correspondencia interna con la complejidad que aprecia en su entorno. A partir de un estudio realizado en el año 1993 sobre la circulación social del concepto de solidaridad, la Fundación ha basado su trabajo de transformación social en la idea de que el ejercicio de la solidaridad satisface una necesidad personal, por lo cual gratifica a quien la ejerce. Lo señalado es consistente con los resultados obtenidos en nuestras investigaciones sobre la colaboración, los que sostienen que en el ejercicio de este tipo de vínculos no sólo se beneficia quien recibe un aporte, sino también quien lo entrega: se trata de una relación de *beneficio mutuo*.

Consecuente con sus aprendizajes, la Fundación fomenta la solidaridad notificando alternativas para que las personas puedan elegir entre formas organizadas de colaboración aquellas que más se acomodan a sus intereses y posibilidades. Así, en 1995 creó la *Guía para la Acción Solidaria*, en la que cada persona interesada puede informarse para elegir cómo ejercer la solidaridad y, de este modo, obtener una satisfacción personal. Al considerar lo recién expuesto, podría afirmarse que esta organización de la sociedad civil orienta su actividad transformadora aplicando conocimiento científico, sin por ello dejar de comprometerse y comprometer a quienes la acogen, con hacer del país un espacio más acorde con los anhelos de transformación social de sus miembros. En este sentido, su actividad se concilia con la complejidad de la sociedad chilena, para el caso, con los cambios en nuestras actitudes frente a la solidaridad y el compromiso social.

De lo hasta acá expuesto, se desprenden nuevas líneas de indagación para tener en cuenta en nuestra aproximación a la colaboración y su fomento en la sociedad, específicamente, los problemas referidos a sus espacios organizacionales. Al respecto, ¿están preparadas las organizaciones de voluntarios para recibir colaboradores? Es claro que los nuevos voluntarios empiezan a plantear exigencias de claridad de tareas y dedicaciones prolongadas que van más allá de la vocación de entrega y el espíritu de sacrificio, y cuyos satisfactores se codifican técnicamente como cumplimientos de tareas, que responden más que a ‘ayudar en lo que venga’ al ‘ayudar como yo quiero y puedo’. En los marcos actuales, las necesidades de los potenciales voluntarios colisionan con los requerimientos organizacionales. Aunque no persigan remuneraciones, los voluntarios necesitan de gratificaciones y, por otro lado, aunque son reclutados con apelaciones emocionales y espirituales, las organizaciones esperan de los voluntarios aportes sistemáticos y constantes que implican división de funciones y de miembros que deben coordinarse en torno a decisiones. De hecho, la sustentabilidad de las organizaciones de voluntariado se alcanza cuando se acoplan los componentes en conflicto y sus formas de articulación se ajustan a estas nuevas condiciones, por ejemplo, traducciones fluidas de motivos en decisiones e indicaciones tempranas de éxito en el cumplimiento de los fines.

Lo anterior exige nuevos roles directivos para la gestión del voluntariado, pues están demandados a compatibilizar dos mundos: decisiones orientadas a fines y motivos orientados por necesidades personales. La dificultad para responder a esta demanda lleva a las organizaciones sociales, muchas de las veces, a organizar motivos (‘las ganas de’) antes que decisiones, lo que las hace particularmente inestables. Este tipo de participación, o interés por participar, ha de ser necesariamente fluctuante y, por lo mismo, difícil de estructurar y planificar. Por todo lo anterior, es probable que devengan en un pequeño grupo ocupado de mantenerla vigente, junto a un sector más amplio que, con suerte, sólo se moviliza ante situaciones o

demandas coyunturales. Se desprende, entonces, que el estudio empírico de las relaciones colaborativas debe incluir la cultura organizacional de las organizaciones de la sociedad civil que trabajan con voluntarios, como una variable estratégica al momento de impulsar políticas para su extensión y fortalecimiento.

Post scriptum

Si proyectamos nuestras reflexiones a un plano más general, es atendible indagar qué se ha perdido o ganado con las nuevas formas de vinculación social que hemos destacado, cuáles son sus proyecciones hacia la sociedad y los individuos, qué efectos no deseados conllevan y qué tanto podremos intervenir en mitigarlos en un país como el nuestro, que difícilmente podrá seleccionar los contenidos que imponen a su modernización los ritmos de la integración planetaria.

Finalmente, frente a los reparos que se extenderían a nuestra perspectiva, debemos aclarar que la comprensión de las tendencias modernizadoras que impulsan al individualismo y a la competencia no implica promoverlas o someterse a ellas; por el contrario, nuestros estudios invitan, tanto a científicos como a la sociedad civil, a comprender los fenómenos sociales y evaluar sus efectos, en particular para intervenir con más eficacia en aquellos que resulten problemáticos y cuestionables. Ante los problemas del cambio social planificado, a la perspectiva sociopoiética sólo cabe intentar estar a la altura de sus circunstancias, es decir, no apuntar sólo al control social sino que al bienestar que surge de considerar la contingencia humana. Por ello, y en este sentido, pensamos que la expansión de nuevas formas de colaboración social no debe ser desestimada. No es aventurado suponer que sus funciones subpolíticas contribuyan a la democratización de la sociedad, en tanto proporcionan espacios para su transformación, en este caso, por medio de la entrega de espacios organizados para los cada vez más ciudadanos que se sienten motivados por los trabajos colaborativos.

Referencias bibliográficas

- Álvarez, Vladimir, 1994. *Cultura de la solidaridad. Realidad y utopía*. Santiago: Instituto Chileno de Estudios Humanísticos.
- Arditi, Benjamín, 1995. "La política después de la política." En: Silvia Bolos, coord. *Actores sociales y demandas urbanas*. México DF: Plaza y Valdés, Universidad Iberoamericana.
- Arnold, Marcelo, 2003. "Fundamentos del constructivismo sociopoiético." *Cinta de Moebio* N° 18, Universidad de Chile. Disponible en: <http://rehue.csociales.uchile.cl/publicaciones/moebio/18/arnold01.htm> [marzo 2006].

- , 2004. “La construcción del conocimiento. Fundamentos epistemológicos del constructivismo sociopoiético.” *Revista del Instituto de Investigaciones Histórico-Sociales*, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Año VIII, N° 12, 271-289.
- Bauman, Zygmunt, 1991. *Modernity and Ambivalence*. Cambridge: Polity.
- Beck, Ulrich, 1998. *La sociedad del riesgo. Hacia una nueva modernidad*. Barcelona: Paidós.
- Baudrillard, Jean, 1991. *Simulacros e simulação*. Lisboa: Relógio D'Água.
- Brünner, José, 1998. *Globalización cultural y posmodernidad*. Santiago: Fondo de Cultura Económica.
- Castells, Manuel, 1997. *La Era de la Información. Economía, sociedad y cultura*. Madrid: Alianza.
- Castro, A. S. Teixidó y R. Chavarri, 2001. *Responsabilidad social empresarial en Chile: perspectivas para una matriz de análisis*. Santiago: Fundación PROhumana.
- CIMA Group, 2004. *Estudio de uso del tiempo*. Santiago: CIMA Group.
- Consejo Nacional de Televisión & Adimark Comunicaciones, 2005. “Encuesta Nacional de Televisión. Principales Resultados.” Disponible en: <http://www.cntv.cl/medios/Publicaciones/PrincipalesResultadosENTV2005.pdf> [octubre 2006].
- Corporación Latinobarómetro, 2005. *Informe Latinobarómetro 1995-2005*. Disponible en: <http://www.latinobarometro.org/uploads/media/2005.pdf> [octubre 2006].
- De Felipe, Ana y Lilo Rodríguez de Rivas, 1995. *Guía de la Solidaridad*. Madrid: Temas de Hoy.
- Delgado, Ana María, ed., 2003. *El manual de voluntar: guía práctica para incorporar voluntarios a su organización*. Santiago: Fundación Soles.
- Dockendorff, Cecilia, 1993. *Solidaridad: la construcción social de un anhelo*. Santiago: UNICEF Internacional.
- Errázuriz, Margarita, 2001. “Solidaridad, democracia y cultura para el desarrollo.” Disponible en: <http://www.comminit.com/la/lacth/sld-4425.html> [julio 2006].
- García Canclini, Nestor, 1990. *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*. Buenos Aires: Paidós.
- Giddens, Anthony, 1993. *Consecuencias de la modernidad*. Madrid: Alianza.
- Güell, Pedro, 2002. “Familia y modernización en Chile.” En: División de Organizaciones Sociales, Segegob, ed. *Gobernar los cambios: Chile, más allá de la crisis*. Santiago: División de Organizaciones Sociales, Segegob, 283-296; también en: *Chile hoy. La memoria incandescente*. Disponible en: www.chile-hoy.de; www.desarrollohumano.cl/debates [julio 2002].
- Grüniger, Sandra, 2004. *Las ONG durante la transición chilena: un análisis de su respuesta ideológica frente a su incorporación en políticas sociales de índole neoliberal*. Tesis (Mg.), Departamento de Antropología, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Chile.
- Habermas, Jürgen, 1998. *Problemas de legitimación en el capitalismo tardío*. Buenos Aires: Amorrortu.

- Halpern, Pablo, 2002. *Los nuevos chilenos y la batalla por sus preferencias*. Santiago: Planeta.
- Hopenhayn, Martín, 1987. "Modernismo y postmodernismo: ruptura o refuerzo. Una ambigüedad vigente." *Estudios Públicos* N° 27. Disponible en: <http://www.cepchile.cl> [junio 2006]
- Irrarrázaval, Ignacio, Eileen Hairel, S. Wojciech Sokolowski, Lester Salamon, 2006. *Estudio comparativo del sector sin fines de lucro*. Santiago: Johns Hopkins University, PNUD, Focus.
- Jiménez, M., 2000. "Asociacionismo y tercer sector." Departamento de Coordinación Intersectorial y Sociedad Civil. División Social Mideplan. Disponible en: www.sociedad-civil.cl/ftp/asociacionismo.doc [mayo 2006]
- Kliksberg, Bernardo, 2000. "Capital social y cultura. Claves olvidadas del desarrollo." Banco Interamericano de Desarrollo. Disponible en: <http://www.iadb.org/intal/publicaciones/kliksberg.pdf> [mayo 2006]
- Larraín, Jorge, 2001. *Identidad nacional*. Santiago: Lom Ediciones.
- Lipovetsky, Gilles, 1994. *El crepúsculo del deber: la ética indolora de los nuevos tiempos*. Barcelona: Anagrama.
- Luhmann, Niklas, 1991. *Sistemas sociales: lineamientos para una teoría general*. México DF: Universidad Iberoamericana, Alianza Editorial.
- , 1993. *Teoría de la sociedad*. Guadalajara: Universidad de Guadalajara, Universidad Iberoamericana, Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente.
- , 1997. *Observaciones de la modernidad. Racionalidad y contingencia en la sociedad moderna*. Barcelona: Paidós.
- , 1998. *Complejidad y modernidad. De la unidad a la diferencia*. Madrid: Trotta.
- Lyon, David, 1995. *El ojo electrónico: el auge de la sociedad de la vigilancia*. Madrid: Alianza.
- Marí-Klose, Pau, 2000. *Elección racional*. Cuadernos metodológicos N° 29. Madrid: CIS.
- Martínez, Marcelo, 2001. "La confianza social en Chile: antecedentes y desafíos para una cultura democrática". En: División de Organizaciones Sociales, Segegob. *Confianza social en Chile. Desafíos y proyecciones*. Santiago: División de Organizaciones Sociales, Segegob.
- Martins, Paulo Henrique y Brasilmar Ferreira, 2004. *A nova ordem social. Perspectivas da solidariedade contemporânea*. Brasilia: Paralelo 15.
- Maturana, Humberto y Francisco Varela, 1984. *El árbol del conocimiento*. Santiago: Universitaria.
- Mauss, Marcel, 1971. *Ensayo sobre los dones: razón y forma del cambio en las sociedades primitivas*. Madrid: Tecnos.
- Meersohn, Cynthia, 2006. *La vivencia de ayudar: estudio exploratorio en torno a las prácticas colaborativas*. Memoria (Lic.), Antropología Social, Departamento de Antropología, Universidad de Chile.
- Moncada, Alberto, 1989. *La cultura de la solidaridad*. España: Verbo Divino.

- Morandé, Pedro, 1987. *Cultura y modernización en América Latina*. México DF: Ediciones Encuentro S.A.
- Moulian, Tomás, 1997. *Chile actual. Anatomía de un mito*. Santiago: Lom Ediciones.
- Participa, 2001. *Asumiendo el país: responsabilidad social universitaria*. Santiago: Ediciones Proyecto Universidad Construye País.
- PNUD, Programa Nacional para el Desarrollo de Naciones Unidas, 1995. “Gobernabilidad y desarrollo democrático en América Latina y el Caribe.” Disponible en: <http://www.pnud.org.ve/archivo/goblib1.asp> [mayo 2006].
- , 1998. “Las paradojas de la modernización.” Disponible en: <http://www.desarrollohumano.cl/textos/sin1998/PDF%201998/I%20Cap1.pdf> [mayo 2006].
- , 2000. “Más sociedad para gobernar el futuro.” Disponible en: <http://www.desarrollohumano.cl/blanco.htm> [junio 2006].
- , 2002. “Nosotros los chilenos: un desafío cultural.” Disponible en: <http://www.desarrollohumano.cl/indice.htm> [junio 2006].
- Putnam, Robert, 1994. *Para hacer que la democracia funcione*. Caracas: Galac.
- Renzo, Luis, 1993. *Los caminos de la economía de solidaridad*. Santiago: Vivarium.
- Robles, Fernando, 2000. *El desaliento inesperado de la modernidad. Molestias, irritaciones y frutos amargos de la sociedad del riesgo*. Concepción: Ediciones Sociedad Hoy; Dirección de Investigación, Universidad de Concepción.
- Segegob, Ministerio Secretaría General de Gobierno, 2002. *Generación de conocimientos sobre la situación del voluntariado en Chile y en el exterior*. Santiago: Segegob, Ministerio Secretaría General de Gobierno.
- , 2004. *Investigación sobre la conversación social y opinión pública acerca del voluntariado en Chile*. Santiago: Segegob, Flacso, MORI y CERC.
- Tironi, Eugenio, 2005. *El sueño chileno*. Santiago: Aguilar Chilena de Ediciones S.A.
- Torrejón, María José, 2005. *La solidaridad del chileno: estudio exploratorio en torno a la cultura de la colaboración*. Memoria (Lic.), Antropología Social, Departamento de Antropología, Universidad de Chile.
- Touraine, Alain, 1992. *Crítica de la modernidad*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Urquiza, Anahí, 2005. *Colaboración en la sociedad compleja*. Memoria (Lic.), Antropología Social, Departamento de Antropología, Universidad de Chile.
- , 2006. *Colaboración y desarrollo: una aproximación al dominio comunicativo de la colaboración*. Tesis (Mg.), Antropología y Desarrollo, Departamento de Antropología, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Chile.
- Willke, Helmut, 1995. “La transformación de la democracia como modelo de orientación de las sociedades complejas.” En: *Soziale Systeme*, 2. Disponible en: <http://www.soziale-systeme.ch> [enero 2006].

Zurita, Gladys, 2001. "Diagnóstico *epocal* del asociacionismo emergente en Chile." En: División de Organizaciones Sociales, Ministerio Secretaría General de Gobierno, ed. *Asociacionismo emergente en Chile: estudios y reflexiones*. Santiago: División de Organizaciones Sociales, Segegob, 30-39.